

El monstruo de Paraty

Prólogo

Cuando paré mi Fusca ante el tinglado de tablas que apareció a la derecha de la pendiente sin asfaltar, estábamos los dos, mi viejo coche y yo, al borde de la extenuación. Llevábamos dos horas dando botes, evitando baches insondables y piedras como montañas; rozando precipicios, patinando en la tierra arcillosa recién empapada por un fuerte aguacero. El camino serpenteaba entre la selva frondosa, ofreciendo, en los escasos momentos en que podía apartar la vista del camino, parajes de espectacular belleza velados por la bruma.

Unos conocidos de Sao Paulo, a los que había visitado por encargo de mi editor, me habían acogido en su casa de la gran ciudad. Les comenté mi deseo de conocer Paraty, había oído hablar de su gran bahía, de las playas y las islas, de su centro urbano empedrado que se anegaba con cada marea. Mis anfitriones me animaron a ir, pero hacerlo por la ruta interior en lugar de por la costa: contaron que la carretera se convertía, al cambiar del estado de Sao Paulo al de Río de Janeiro, en un parque natural que lograba librarse de su asfaltado, al menos de momento. Con cada campaña electoral volvían los rumores de su próximo arreglo, promesa política que había quedado incumplida en varias ocasiones, en parte por la oposición de los ecologistas. Pero ahora los rumores parecían ser más fundados, así que no dudé en seguir su consejo, había que aprovechar a conocer esa ruta antes del asfalticidio.

La sensación de última oportunidad me había animado a comprar un coche, en lugar de hacer el viaje a Paraty en autobús y por la costa, como era mi idea inicial. Además pensé que me vendría bien para ser más autónomo en mi periplo brasileño, sin ruta prefijada ni duración prevista; ya lo vendería al finalizarlo. Los papeleos fueron complejos y farragosos para un extranjero; el coche acabó puesto a nombre de mis anfitriones, para agilizar la compra.

Con mi poco flamante adquisición, había salido de Sao Paulo por la autopista hacia Río de Janeiro; el coche no era especialmente veloz, así que agradecí dejar la vía rápida al llegar a Guaratinguetá, donde tomé el desvío al este, hacia Cunha, para seguir dirección Paraty bajando por la Sierra da Bocaina. Es la ruta del antiguo Camino del Oro, aunque no fue sólo del oro: también de la plata, del café... cada producto en su momento fue transportado durante decenios por las mulas y los esclavos, desde Minas Gerais hasta la bahía de Paraty, donde embarcaba hacia el Viejo Mundo.

Aquella tarde la lluvia convirtió el descenso por el parque natural en una antesala del infierno: los pocos kilómetros sin asfalto se podían hacer en menos de una hora, si todo iba bien; pero ya me habían avisado que a menudo no todo iba bien. Los mismos brasileños que me hablaron de ese paso, habían contado anécdotas vividas en primera persona: un autobús con una rueda reventada ocupando el angosto camino; un camión bajando con el freno eléctrico al máximo, a menos velocidad que una persona andando. Pero también hablaron de otros días soleados, o simplemente claros, en los que era un paseo por el paraíso, por uno de los últimos reductos del bosque autóctono cercano a la costa.

Cuando dejé el asfalto en la cima de la sierra y comencé el descenso, llevaba un rato lloviendo intensamente. El agua descarnaba la ya de por sí difícil pista, cada piedra era una amenaza para el cárter, cada bache un charco de profundidad desconocida; cada curva, por despacio que fuera, podía ser la última que tomara en mi vida. Dejé de llover a mitad del descenso, pero la situación de la pista no mejoró por ello: sólo ayudaba a ver mejor el precipicio por el que estaba a punto de despeñarme.

En este estado de cosas y tras casi dos horas de tensión, la vista del único lugar habitado junto al camino me pareció la salvación. Su aspecto no era exactamente muy acogedor, pero el letrero de una marca de refrescos dejaba claro que era un bar. Paré frente a la puerta y entré en el pequeño recinto de paredes de tablas. Divisé una precaria barra, malformada también con tablones de madera. Entre las maderas del techo sobresalían bolsas de plástico azul, de las que aún goteaba la lluvia. Pero el encanto del bar era mayor de lo que parecía desde fuera: todo él se abría a una terraza colgada sobre el último valle virgen de la sierra da Bocaina, antes de llegar al llano costero previo a Paraty. Contemplé la vista un rato, en silencio, oliendo la humedad que se mezclaba con el olor de frenos y motor recalentado, que se colaba desde la pista; mi coche aún humeaba, allá fuera. Me apoyé en la barandilla que daba al valle, observando la naturaleza empapada; así que no vi ni tampoco oí nada, pero al darme la vuelta había allí un hombre, tras la barra, mirándome. Saludé y pedí cerveza.

Tras dejar una botella y un vaso sobre la mesa más cercana a mí, me preguntó de dónde era: no me sorprendió, mi acento me delataba y me ocurría siempre en Brasil; normalmente tras explicar mi país de origen y que no me gusta el fútbol, acababa la conversación. Esta vez, sin embargo, la charla no murió tras la primera respuesta, y el